

E L

ANGEL DEL HOGAR,

PÁGINAS DE LA FAMILIA.

Revista semanal de literatura, educacion, modas, teatros, salones y toda clase de labores de inmediata y reconocida utilidad.

EJEMPLOS MORALES, INSTRUCCION Y AGRADEABLE RECREO PARA LAS SEÑORITAS.

BAJO LA DIRECCION DE

MARÍA DEL PILAR SINUÉS DE MARCO



SUMARIO.

Hija, esposa y madre, (continuacion), por María del Pilar Sinués de Marco.—*Tu amor y el mio*, poesia, por don Aristides Pongilioni.—*Los pobres perros abandonados*, por Fernan Caballero.—*Cristina*, (continuacion), por la Condesa de la Rochera.—*Revista de la semana*, por don Eusebio Blasco.—*Labores*, por Pamela.

Con este número se reparte una lámina de tapicería y el pliego quince del tomo cuarto de la *Galeria de mujeres célebres*.

HIJA, ESPOSA Y MADRE.

CARTAS DEDICADAS A LA MUJER ACERCA DE SUS DEBERES PARA CON LA FAMILIA Y LA SOCIEDAD.

PARTE SEGUNDA.

ESPOSA.

(Continuacion).

EL CONDE DE PEÑAFIEL AL DUQUE DE RICHEVILLE.

Madrid, febrero de 18...

Voy á seguir al fin tu consejo, Octavio: necesito verla en vano luchó con este sentimiento mas poderoso que mi razon, mas fuerte que mis reflexiones: omnipotente hasta con mi férrea voluntad.

El gladiador lucha en la fria y soberbia Inglaterra, mientras para ello tiene fuerzas: pero algunas veces cae á los pies de su competidor, rendido y exánime, y le deja todo el precio de su feroz victoria, con su último suspiro.

Hé aquí, Octavio, lo que á mi me sucede; mi locura triunfa: mi razon está vencida!

En vano he rogado á Dios, á ese Dios que adoro hoy con todo el ciego ardor de mi fé de niño: á ese divino padre, á quien no he olvidado ni aun en medio de mis mayores extravíos: la imagen de Mérida venia ante los ojos de mi alma, y el nombre de Mérida resonaba en torno mio como escapado de un coro celestial.

Locura es esta de la que quiero curarme, mas que por mi, por mi mujer, que me ama y

sufre, y que además ha concebido celos de la pobre y buena Honoria, mi hermana de leche.

No ha podido menos de conocer que en mi corazon pasa algo de extraordinario: algo que le puede ser muy fatal

Yo buscaba la compañía de Honoria para hablar de Mérida, y sobre Honoria han recaído sus sospechas.

¡Sí! quiero y debo curarme: me acercaré al ídolo, y tal vez, como tú dices, caerá hecho pedazos.

Poco se necesita para destruir el encanto: si se asusta de mis palabras, si opone á ellas una vulgar timidez, estoy curado."

Si me escucha con placer, si es capaz de buscar ocasiones para oirme, lo estaré tambien: creo, sí, quiero creer que lo que siento es una enfermedad de mi cerebro, cuya curacion tengo la seguridad de alcanzar.

Clara merece además que lo procure: una multitud de jóvenes elegantes la rodea: ¿y sabes cual es su mas asiduo galanteador?

El marqués de Montemar.

Hace algunos dias que llegó aquí con su esposa; y este hombre, que rehusó la mano de Clara con tanta indignidad, me parece que está enamorado de ella de veras, desde que vé que es mía.

Por mi parte, he cumplido lo que le ofrecí, —verás—le dije en mi última carta—á la hermosa, á la noble, á la distinguida condesa de

Peñañiel pasar cada día á tu lado en los salones á donde llevarás en mal hora á tu labriega; la verás apoyada en mi brazo, en el brazo de un marido honrado y valeroso que impondrá respeto á los pisaverdes, á los calaveras estúpidos, que pululan alrededor de todas las mujeres jóvenes, bonitas y recién casadas.»—

Clara está vengada: á pesar del estado deplorable de mi ánimo, estos días la he acompañado á algunas *soirees*, donde ha brillado con todo el prestigio de su hermosura, de su clase, y de su indisputable distinción.

He sentido orgullo al ver el efecto que hacía: todos se agrupaban en derredor suyo: al pasar se alzaba un murmullo de admiración.

Clara es una niña encantadora; quiso la mala suerte de Valentina que, después de bailar un rigodon, se sentase mi mujer á su lado: Valentina le dirigió una mirada de odio, porque, á la verdad, Clara la eclipsaba completamente.

Sin embargo, la marquesa de Montemar estaba cargada de joyas: la condesa de Peñañiel llevaba solo un sencillo traje de crespon blanco y el magnífico aderezo de perlas y brillantes que mi madre usaba para ir á la corte.

La belleza provocativa y algo vulgar de Valentina hacía resaltar la noble hermosura de Clara.

Clara es hoy una gran señora, en la verdadera acepción de esta palabra: sus frases, sus actitudes, sus maneras, constituyen un conjunto perfecto, que hace asomar á los ojos de muchas mujeres las llamas de la envidia.

César la contemplaba fijamente y como deslumbrado: y por una coincidencia extraña, sorprendí la mirada de su mujer clavada en mí con la misma espresión.

Al volver anoche á casa después del baile de la embajada de Francia, dije á mi mujer que tenía que hacer un corto viaje.

—¿Adónde vas? me preguntó.

—Me siento mal, le dije: y voy á hacer una visita de algunos días, á Mélida y á Juan Bautista.

Clara palideció: y yo, al ver la impresión que le hacían mis palabras, estuve á punto de decir:

—No voy.

Pero al instante me sentí agobiado por el temor de que se prolongue el funesto estado de mi espíritu, de que Clara llegue á apercibirse de la verdadera causa de él, y me dije:

—Es preciso curarme.

—Tuve, pues, la crueldad de hacer como que no reparaba en la turbación de Clara, y entré en

mi cuarto, di las órdenes á mi ayuda de cámara para que todo lo preparase para hoy.

Dentro de dos horas, partiré, Octavio: perdóname: motiva mi viaje, además de lo que ya te he dicho, otra cosa que te diré mas tarde; pero que te insinuaré ahora... someto á Clara á una prueba terrible, porque está celosa y resentida conmigo, y ha conocido el efecto que ha producido en César.

Ya veo el gesto de indignación con que lees estas palabras; ¿pero qué quieres? ¡estoy loco! creo que, en las visiones de mi fiebre, desearía que mi mujer escuchase los galanteos de César, hasta ponerme en ridículo; cualquiera cosa me parecería buena con tal que aflojase este lazo fatal, con tal que pudiese amar á Mélida sin remordimiento! he puesto con un valor impío en manos del azar la tranquilidad de mi casa y la dicha de mi vida! ¿que haga Dios de mí lo que cumpla á su misericordia!

CAMILO.

(Se continuará.)

Maria del Pilar Sinués de Marco.

TU AMOR Y EL MIO.

Fué tu amor, Laura, la loca brisa
que ráuda pasa, besando flores;
fué de la aurora la blanda risa,
que el sol ahuyenta con sus fulgores;
fué blanca nube que cruza el viento,
y en pós no deja rastro ni huella:
fué la inconstancia del pensamiento;
fué de un suspiro ligero acento;
luz fugitiva de errante estrella.

Es mi amor, Laura, cedro eminente,
que no doblegan los huracanes;
es el continuo rugir hirviente
de los torrentes y los volcanes;
es alta peña que el mar azota,
sin que á su empuje rendirla pueda;
es el ambiente que en torno flota;
del sentimiento la eterna nota;
luz que en los pliegues del eter rueda.

Tengo de amores herida el alma,
quema mis ojos amargo llanto;
senda de flores, en dulce calma,
indiferente huellas en tanto.
Mas no te envidio: que solo escita
tu triste vida mi compasión;

que si una pena mi pecho agita,
al menos... ¡vivo!... porque palpita
con fuerte impulso mi corazón.

Aristides Pongilioni.

LOS POBRES PERROS ABANDONADOS.

Hace pocos días que los diarios de Sevilla referían sin comentarios, y como cosa meramente curiosa, pero no conmovedora, el que habiendo entrado un viajero en el tren del ferro-carril de Córdoba á Sevilla, y no habiendo querido ó podido pagar la cuota designada para traer los perros en la jaula destinada á este objeto, abandonó al suyo, y que este apegado animal fué siguiendo al tren en su vertiginosa carrera. Llegaba poco despues que él á las estaciones, en que caía jadeante y rendido; y cuando el tren se volvía á poner en marcha, emprendía de nuevo su inconcebible carrera para seguir á su ingrato amo. ¿Es creíble que ni su amo, ni ninguno de los pasajeros se moviesen á pagar la corta cantidad que habría aliviado al infeliz animal de la angustia que sentía y del tormento que se daba?

Al leer esta admirable muestra de cariño y de fidelidad, se nos cayeron las lágrimas, y recordando los muchos perros abandonados que de precision ha de haber desde que hay caminos de hierro en un país donde, sin amarlos mucho, son infinitos los pobres que crían perros, y muchos los que no tendrán dinero de sobra cuando viajan para pagar el pasaje de estos pobres animales, pensábamos que sería en toda la estension de la palabra una obra de caridad, de compasion, de orden público (sea policia) que á los pobres, y sobre todo á los ganaderos, les llevasen, en los ferro-carriles, sus perros de balde. No falta filantropía en esta época que tanto la proclama y ejerce, sobre todo, con el uso de las suscripciones públicas, que la estimulan y vigorizan; pero hay poca, y sobre todo muy inerte compasion hacia los pobres desvalidos animales. ¡Pobre perro! ha merecido la calificación de amigo del hombre, y este bien merece, en general, la de enemigo del perro. Podríamos contar á este propósito la historia de una pobre y hermosa perra de ganadero preñada, sin duda abandonada por su dueño, que llamaba la atención hace tres años en Sevilla cuyas calles re-

corria triste, angustiada, y abatida, como buscando amparo, y pidiéndolo en la expresion lánguida y desconsolada de sus ojos y de su continente. No hallaba ni aun donde descansar, porque de todas partes la echaban; á lo que contribuía su gran tamaño y lo inmediato de su parto, pues apenas podía ya moverse. Pero preferimos, para amenizar este articulito, dejarla referir al sabio literato, al ameno poeta, al gran y culto investigador y propalador de las glorias literarias antiguas y modernas de España Mr. de Latour, en una carta que, en nombre de Cervantes, nos escribió en español, carta la mas fina é ingeniosa, brote de buen humor y de amistad delicada, que de modo alguno ha sido destinada á la publicidad; pero que consideramos muy digna de ella.

CARTA DE CERVANTES Á FERNAN CABALLERO.

Señor D. Fernan Caballero. Muy señor mío é ilustré ahijado: Si desde esta banda, me tomo la libertad de molestar á V., no es (puesto que sería ofender su modestia) al autor ingenioso de tantas novelas mas EJEMPLARES que las mías, sino para dar á V. las gracias por la compasion y caridad de las que acaba de dar señalada prueba hacia un pobre perro por el que me intereso. La historia de esta perra, es una novela. ¿Me dá V. licencia para que se la cuente?

Tengo la vanagloria de persuadirme de que usted no ha olvidado el soliloquio de los dos perros del hospital de Valladolid Cipion y Berganza y sospecho que, teniendo V., como es notorio, tanta lástima de los animales, quizás sea porque haya conocido por aquella muestra que el buen criterio y el sentido comun, que tantas veces falta á los hombres, se puede hallar en los perros.

Ha de saber V. que en aquellos tiempos Cipion tuvo un hijo, y Berganza una hija, y segun suele suceder entre padres amigos, casaron á sus vástagos, los que engendraron una casta de perros buenos y honrados, siendo la última de esta casta la pobre moribunda que V. acogió en los umbrales de la puerta de su casa.

Una de estas pasadas noches, noche de esas serenas y estrelladas que tan magníficamente celebró Fray Luis de Leon, caminaba yo por las calles de mi querida Sevilla buscando una novela que se habia recientemente publicado, cuyo título es: *Vulgaridad y Nobleza*, la que deseaba leer en mi tertulia con Quevedo, Mateo Aleman y el Padre Isla. En el momento en que llegaba á la plaza de Maese Rodrigo, oí detrás de

los mismos marmolillos que existían en mi tiempo, una voz que se lamentaba y que decía:— ¡ah! ¡si aún viviese Cervantes!

Me paré asombrado; acerquéme al sitio de donde había partido la voz, y ví una pobre perra preñada que era la que se quejaba en el zaguan del seminario. Iba á proseguir mi camino, cuando volví á oír la misma voz que decía:— ¡ah! ¡si aun viviese el buen Cervantes!

Presentóseme entonces á la memoria lo de Berganza y Cipion, y aprovechando la oportunidad de que á aquellas horas nadie podía oírme, me dirijí á la perra, y le dije: ¿Eres tú quien acabas de hablar?— Me contestó primero con un suspiro, y luego, animándose, añadió:— Si, soy yo, y pues tengo la dicha de que alguien me escuche, referiré mi triste historia. Nieta de aquellos famosos perros á quienes Cervantes enseñó á espresar sus pensamientos en castellano, Dios ha permitido que heredase de ellos tan hermoso privilegio. Diéronme mis padres, en memoria de nuestro ilustre padrino, el nombre de Dulcinea: pero infeliz en lo demás, tuve la desgracia de enamorarme de un perro fino, amable, valiente, pero el que, dejándose arrastrar por la lectura de las novelas modernas, abandonó á su fiel esposa en el apuro que me ve usted, para correr en pos de una perra que se llamaba Traviata, que bailaba en un circo y que se marchó á otra parte.

—¿Y porqué, le dije, invocabas á Cervantes?

—¡Ah! contestó, porque si aun viviese Cervantes, él, que hizo contra los libros de caballería una novela tan eficaz, escribiría ciertamente otras contra las novelas que hoy corrompen las buenas costumbres.

Me sonreí, y repuse: Hace siglos que murió el que llamas, y no sé si bastaría hoy otro Quijote para acabar con una peste tan universal como lo es la de las novelas de que se quejan, no solo los hombres honrados, sino los perros de buen juicio como tú. Ven conmigo á una casa donde podrás parir tranquila, y permanecer atendida y descansada. En ella vive una persona que no escribe libros contra las novelas; al contrario; compone novelas, ¡pero qué novelas! (Aquí stampa el que escribe la carta un cumplido tan fino como benévolo, que suprimimos.)

En esto llegamos á la puerta de la casa de usted, y como la pobre Dulcinea no alcanzaba á la cadena de la campanilla, quien llamó á la puerta de V. fui yo.— MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA.

P. D. De seguro que estrañará V. mi mal español. ¡Ah! amigo mio, además de que há cerca de tres siglos que he dejado de escribir, los impresos modernos, que nos llegan de España, hablan un castellano bastante afrancesado y algo se me habrá pegado de ellos.»

—Esta pobre perra fué despues admitida en la fábrica de cápsulas en la que se necesitaba un perro de su especie, donde lo pasó muy bien y conserva el nombre de Dulcinea. ¡Qué pocos entre los infelices perros abandonados tendrán la suerte de este, sino que entrarán en el número de aquellos seres desvalidos á los que no es permitido ocupar su lugar sobre el haz de la tierra, sin un fiador, y contra los que tanto se ha clamado!

Pero es por cierto singular que para impedir esta aglomeracion de perros abandonados, que no negamos sea un inconveniente grande, nadie haya tratado ni pensado de remediarlo en su raíz ó primera causa, sino de curarlo en falso ó temporariamente por medio de la estricnina, ya célebre por el afán y perseverancia que han desplegado los periódicos por su uso en aplicacion á los pobres perros. En cuanto á nosotros, pensamos que la enseñanza de crueldad que reciben los niños y el pueblo, que es otra clase de niño cuya enseñanza moral está tambien á cargo de la autoridad, al presentarles por todas partes los tormentos de la mas horrible y penosa agonía que les sirve de espectáculo y de diversion, y á la que suelen añadir alguna angustia ó dolor mas, esta inoculacion de insensibilidad y de crueldad que proporciona á miles y miles de corazones la tan aclamada estricnina, es peor, mil veces peor que el mal físico, por terrible que sea, que pueda producir en tal cual individuo la inoculacion del virus de la hidrofobia; y nadie se crea mas filantrópico que nosotros por dar la preeminencia á la salud del alma de millares, sobre la salud del cuerpo de un individuo.

A cualesquiera mente reflexiva se le previene que el medio de atajar el mal está en prevenir la multiplicacion de esta infeliz casta. ¿De dónde proceden estos perros sin amos, míseros seres privados de alimento y abrigo, objeto de todas clases de persecuciones? Proceden de los pobres cuyos hijos, no pudiendo comprar juguetes, procuran en su lugar hacerse de perrillos chicos, los que despues de pasar de cachorros con sus amos una vida de innumerables tormentos, cuando ya no divierten á los niños, ó cuan-



do se ha hecho mas gravosa su manutencion, son cruelmente echados á la calle. El pobre apegado animal vuelve una y cien veces á la casa de sus amos, y cada vez es espulsado de ella con creciente encono, tomando sus insensibles dueños lo que es cariño por obstinacion, lo que es lealtad por falta de sumision á sus mandatos: hasta que golpeado, maltratado y perseguido, no se atreve á volver. Sentado sobre sus piernas de atrás, mira de lejos con triste cariño aquella casa esperando aun que le será abierta; alza con ardiente anhelo sus orejas si nota que la puerta se abre y dá paso á alguno de los amos que tanto quiere, pronto á abalanzarse á él con saltos de alegría, con dulces gemidos de gratitud y de cariño; pero no se atreve, y hace bien, pues apenas es apercebido por el que ha salido, le lanza una piedra que á veces le hiere y hace huir dando dolorosos alaridos.

Ya entró, pues, en la triste falange para cuyo exterminio gasta el Ayuntamiento una fabulosa suma en estricnina; por lo que á nosotros, como á otras personas, nos parece que ante todo se debería prohibir con un bando que se criasen perros, imponiendo multas á los padres que permitiesen á sus hijos infringirlo, y que los legisladores, como sucede en otros paises, impusiesen para lo sucesivo una pequeña contribucion á los dueños de aquellos perros que no sean una necesidad del oficio que ejercen como los de ganadería, caza, etc., sino que se tienen por mera afición.

En una preciosa novela de M. Marmier denominada *L'Orphelin* y que el autor, en muestra de simpatía, nos ha remitido, hallamos el siguiente sentido trozo:

«¡Qué buen ser es el perro! así el perro del pastor como el del ciego, los perros del Norte de la Siberia, sin los cuales los moradores de aquellas heladas regiones no podrian subsistir; el perro que se deja matar para defender la persona ó la hacienda de su amo; el valiente Baby de Terra-Nova cuya memoria se conserva en el castillo real de Windsor; el glorioso Barri del San Bernardo que habia salvado 40 personas de una muerte segura, y llevaba al cuello una medalla de honor! Todos esos dulces, humildes y benéficos compañeros del hombre que nos dan tan admirables ejemplos de valor, de paciencia, de fidelidad y de resignacion, ¿será posible que, segun opina un poeta inglés, no sean sino polvo animado? No es fácil creerlo á quienes los aman.»

Cuando la guerra de Africa, refrieron los pe-

riódicos hechos admirables de los perros que siguieron á los regimientos á los que pertenecian. Uno de estos, al que no permitieron embarcarse, atravesó á nado el Estrecho para reunirse á sus amos! Entre las cosas notables que hay en el campamento, decia una carta dirigida á un periódico, se hallan dos perros que embisten á los Moros que ven; van con las guerrillas, y son escuchas de tan buena calidad que reconocen al enemigo por el olfato y anuncian su llegada.

Los soldados han tenido la buena ocurrencia de ponerles los galones de cabo segundo, porque en la accion del 25 se quedaron guardando á un herido y con sus alaridos y carreras avisaron á la compañía para que acudiese á salvarlo del enemigo.

El trato con los perros, dice un autor de fama, me ha hastiado del trato de los hombres, y lord Byron compuso este epitafio á su fiel perro de Terra-Nova.

«Aquí descansan los restos de un ser que tenia la belleza sin vanidad; la fuerza sin insolencia; el valor sin ferocidad, y todas las virtudes del hombre sin sus vicios.»

Nos han dado á leer unos artículos insertos en un periódico de jurisprudencia, en los que se inicia la idea de crear leyes, como las que existen en otros paises, que impidan los escesos de crueldad que cada dia impunemente y con tanta barbarie se están ejerciendo y de que son lastimosas víctimas los pobres é indefensos animales.

Aunque escritos con esa impasible frialdad que es y debe ser el temple de la justicia oficial, que sin seducir, como lo hace el ardiente lenguaje del corazon, convence, deberian tomarse en cuenta por un gobierno que diese á la existencia y propagacion de la moral pública toda la atencion y cuidado que este ramo (corazon y conciencia de la sociedad) merece. Poco vale nuestro voto, sobre todo en esta materia, pero como es sincero y racional, se lo damos de gracias y plácemes al señor jurisconsulto que ha tomado la iniciativa en una medida tan justa como humana, condolidada y verdaderamente civilizadora.—Pobre perro! no hay ser que, cual tú, siembre cariño y recoja ingratitud!

Si en los paises extranjeros advierten que en los periódicos españoles se clama sin tregua ni descanso por la estricnina cual si la rabia fuese aquí el estado normal de los perros, clamores que alternan con las descripciones de las corridas de toros, y que despues de esto viajen en nuestro suelo en diligencia... no hay duda que

el que lo haga se persuadirá de que es España el Eden de los animales, sobre todo de aquellos que mas útiles son al hombre.

FERNAN CABALLERO.

CRISTINA.

por la condesa de la Rochere.

(Continuacion.)

—Vamos, mi bella niña, no seais tan cruel; pensad que, despues de todo, no es un partido, que se deba desdeñar, el de un hombre honrado, que os ama, que vuestra tia ha aceptado, y contra el cual nada teneis que decir.

—El comandante tiene razon, mi querida niña, dijo mademoiselle Tournel: este matrimonio colmaria todos mis deseos, porque no conozco un hombre mas digno, que Mr. Ernesto, de la estimacion y del cariño de una mujer.

—Por eso no me casaré con ningun otro, respondió Cristina con voz firme: vos, caballero, se lo podeis decir así á vuestro hijo: que se case, pues que sus padres lo desean, y que sea dichoso! yo no dejaré nunca de pedir á Dios por su ventura.

Mademoiselle Tournel volvió á insistir de nuevo; pero Cristina rogó á su tia que la dejase dueña de su suerte: el comandante se enfadó y suplicó sucesivamente: la jóven fué inflexible, y no respondió mas que con lágrimas.

Los tres se separaron muy tristes.

Algunos dias despues, la lluvia sorprendió á estas dos señoras en su sitio favorito, y yo me apresuré á ofrecerles una hospitalidad que ellas aceptaron con gusto.

Desde entonces, nuestras relaciones fueron muy cordiales: ellas volvieron á verme bien pronto, yo les presté la llave del jardín, y una dulce intimidad se estableció entre nosotras.

Puedo decir verdaderamente que no he conocido un carácter mas lleno de atractivos que el de aquellas dos mujeres: su dulce piedad, su bondad infinita, su ternura mútua, me cautivaban: no tardé en saber que Cristina Dubac, huérfana desde los doce años, habia sido educada, con todos los cuidados imaginables, por su respetable tia.

Mademoiselle Tournel no habia sido jamas rica, mas su talento para la pintura habia bastado con holgura á sus necesidades, hasta el

dia en que le plugo al señor afligirla cruelmente, con la pérdida de la vista: en vano habia recurrido al arte de los médicos, quienes no comprendieron nada de su enfermedad, y la declararon incurable: este fué un golpe terrible, pero la infeliz tuvo el valor de la resignacion, y su salud, fuertemente alterada, se fué recobrando.

Cristina poseia, por toda herencia, unos treinta mil francos: los réditos de esta suma les daban para vivir á las dos, gracias á un trabajo incesante, al orden y á la economia de la jóven.

Un dia, que me encontraba sola con esta, le hablé del comandante Boissier confesándole que yo habia entendido todo lo que habia pasado entre ellos en las calles de árboles de Draguignan.

Mademoiselle Dubac se ruborizó al oir estas palabras.

—Es un excelente hombre, á pesar de sus maneras bruscas, me respondió: adora á su hijo, á quien conocí hace ya dos años en casa de uno de sus parientes donde iba á pasar con su madre la temporada de vacaciones que le permitian sus negocios de abogado, y este hijo es un jóven de mérito, que tiene un corazon noble y generoso.

—¿Si esto es así, porqué no le habeis aceptado para esposo? le dije.

—¿Podia yo abandonar á la que me ha servido de madre, en el triste estado á que está reducida? exclamó la jóven.

—Mademoiselle Tournel, observé yo, siente sinceramente que ese matrimonio no haya tenido lugar.

—Vos no conoceis á mi buena tia, repuso Cristina: está en su naturaleza el olvidarse continuamente de sí misma por los demás: ella ha sacrificado mil veces sus intereses á mi dicha ó á mis placeres: ¿no es, pues, un deber para mí el devolverle ternura por ternura? era preciso que yo fuera muy ingrata para tener el triste valor de abandonarla á manos estrañas!

—¿Pero la constancia de Mr. Ernesto no os enternece un poco? le pregunté.

—Mr. Ernesto encontrará sin dificultad otra mujer porque es rico y amable: mi tia no tiene otro pariente que yo.

—¿Y por qué no habeis confesado francamente este motivo al comandante Boissier? yo estoy persuadida de que él hubiera sido dichoso al obtener vuestra mano para su hijo aun con la condicion de no separaros de vuestra tia.

—En primer lugar, yo no queria que ella pu-

diese sospechar la causa de mi negativa. Después, Mr. Ernestó es hijo único: yo no puedo ni debo robarle á su madre que le adora, aun cuando él consintiera: y además, yo necesito de todo mi tiempo y de toda mi ternura para cuidar y consolar á mi pobre tia.

Yo estreché contra mi corazon á la noble niña y exclamé:

—¡El cielo recompensará, en esta vida, tan generosos sentimientos!

Cristina me miró con sorpresa: su conducta le parecia tan sencilla y natural que estaba persuadida de que todo el mundo hubiera hecho lo mismo que ella.

Algun tiempo después, un cirujano, amigo mío, hizo un viaje á la Provenza y vino á verme á Draguignan: era un hombre prudente y hábil: yo le hablé de mademoiselle Tournel y le conduje á su casa: examinó sus ojos con suma atencion, quedó perplejo por algun tiempo antes de comunicar su parecer, y opinó en fin, al contrarió de los cirujanos de la ciudad, que se corria poco riesgo intentando una operacion, de cuyo éxito estaba dudoso no obstante.

Por ligera que fuese esta esperanza, la pobre ciega se asió á ella con avidez.

—¡Y qué! exclamaba con exaltacion: no será imposible que yo vuelva á ver el cielo, la tierra, el sol, dorando con sus rayos la cima de las montañas, la dulce verdura de los árboles, las flores de nuestros parterres, todas las bellezas, en fin, de la naturaleza! podré de nuevo contemplar el suave semblante de mi Cristina! Dios mío, que me operen en seguida!

Mucha pena nos costó el moderar sus transportes, haciéndole observar que el momento oportuno no habia llegado aun, que era preciso esperar al buen tiempo, y seguir un régimen preparatorio.

La jóven estaba lejos de participar del ardor de mademoiselle Tournel: temia una espantosa decepcion y quizá una desgracia mas grande todavia.

—¡Si mi pobre tia llegase á morir en las manos del cirujano! decia ella: y aunque resistiese ese cruel sufrimiento, ¿no tenemos nosotros que temer las consecuencias de la operacion, la inflamacion que resultará sin duda, y, mas que todo esto, el abatimiento profundo que el mal éxito demasiado probable puede hacer nacer en su corazon imprudentemente abrió á la esperanza?

(Traduccion.)

(Se continuará).

Maria del Pilar Sinnés de Marco.

REVISTA DE LA SEMANA.

Lluvia y flores.—Tres artistas de *primo cartello*.—Mr. Velle, ó el diablo en Madrid.—Carolina Civili.

¿Habeis visto en las comedias de mágia transformarse el agua en vino, el vino en fuego y el fuego en cualquiera otra cosa?

¿Recordais cómo se transforma en llama el licor de la copa de *Fausto*?

¿Leisteis aquellos cuentos árabes, cuyos protagonistas no se dan razon de lo que ante su vista parece y se asombran grandemente al contemplar cómo surgen del seno de la tierra espíritus que, en realidad, solo deben morar en el cielo?

Pues todo eso es pequeño é insignificante ante los encantos del mundo real y ante la sorprendente mágia de la naturaleza.

Ved sino, como en esta semana, cuya triste historia lamenta mas de un revistero, cada gota de lluvia caída del cielo ha sido recibida en el seno de la tierra, cual menajera de bonancibles dias.

Cada gota ha producido una flor, cada lágrima de las nubes ha sido un gérmen de flores.

Y hé aquí que, sin pensarlo, hemos entrado en el odorífero reino de la Primavera, ó mejor dicho, la decoracion ha cambiado sin que los espectadores se hayan dado tiempo para observar la mutacion feliz. Allí donde antes habia un suelo árido y una vejeticion perezosa y raquítica, podeis contemplar hoy verde alfombra de césped y árboles en flor que han de cubrir bien pronto con sus ramas á mas de una pareja madrugadora.

De hoy mas, la vida del campo ofrece dobles atractivos á los que hasta el presente han respirado el aire comprimido de la villa.

¿Qué extraño es que los teatros se vean menos favorecidos hoy que hace dos meses?

Al hablar de teatros no concurridos, hay que hacer siempre una escepcion en favor del de la plaza de Oriente.

Allí están las tres primeras artistas de Europa. Las tres gracias del mundo de la música. La Penco, la Patti, la Lagrange. Pedir mas, fuera golleria. Nada tiene de asombroso, pues, que el público sufra [con resignacion la sofocante temperatura del régio coliseo, por escuchar una

vez mas á esas tres perlas cogidas en el mar de las armonías por la mano de un empresario que quiere hacer su negocio á toda prisa.

Un espectáculo verdaderamente original y casi horriblemente maravilloso ha llevado tambien al público de Madrid al teatro de la plaza del Rey, en esta semana.

Mr. Velle, ese diablo que parece un hombre, ó ese hombre que parece un diablo, se ha presentado de nuevo en la corte.

Ya el año pasado le admiramos, pero sin duda tenia pensado hacernos otra visita, y nos ocultó, en la primera, una de sus mayores habilidades, que bien pueden llamarse diabluras.

Mr. Velle no es solamente un prestidigitador. Es un ser sobrenatural, híbrido conjunto de divino y humano, que evoca los espíritus, saca á los muertos de sus tumbas y los presenta á la escena del teatro del Circo para soláz de los espectadores.

Recuerdo que el año pasado, en una mesa del café Suizo, Mr. Velle fué presentado á varios escritores. Ya entonces hubo de indicar algo de su poder magnético, y llámole así, porque Mr. Velle, con esa sonrisa especial que le caracteriza, dá el nombre de *magnetisme* á todas aquellas suertes cuyo secreto no se comprende á primera vista.

—Pensad una carta; nos dijo estendiendo la baraja sobre la mesa.

Uno de los presentes se fijó en uno de los naipes, guardando el mayor secreto acerca del nombre del naipe pensado.

Entonces Mr. Velle, á una distancia de dos pasos de la baraja, llamó con la mano al naipe de que se trataba. Figúrense mis lectoras cual sería nuestro asombro al ver salir del seno de la baraja á un señor caballo de copas que se dirigió galopando por cima del tapete á la manga de aquel hombre incomprensible.

La relacion de esta suerte diabólica puede bastar para que mis lectoras comprendan hasta qué punto llega el poder del prestidigitador de moda.

Abundante en notabilidades ha sido la semana pasada; y en prueba de ello, terminaré su historia con una nueva recomendacion á la cual no podrán menos de prestar oídos todos los que se llamen amadores del arte.

Carolina Civili, la actriz inimitable, la hija del génio, y la reina de la belleza, declama en el teatro de Variedades.

Eusebio Blasco.

LABORES.

Una de las que creemos mas apropiado para entretener las lindas manos de una jóven es la tapiceria: en Francia, y sobre todo en París, apenas hemos entrado en una casa donde no hayamos visto empezada una de estas labores encantadoras, que reproducen las galas de la naturaleza y las bellezas del paisaje, algunas veces con tanta fidelidad como un hábil pincel.

Hemos visto una sillería completa, que una tierna madre dedicaba á su hija ausente, y cuya vuelta esperaba ansiosa, compuesta de tiras de tapiceria, alternadas con otras de paño azul.

—Esta obra me ha consolado de los dolores de su ausencia, nos dijo á la manera de madame de Sevigné, al mostrar las cortinas que bordó para el lecho de su hija.

El primero de los dibujos, que ofrecemos hoy á nuestras constantes favorecedoras, contiene dos modelos muy apropiados para aquel objeto: despues de bordadas las tiras, y alternándolas con otras de paño azul, grana, color Habana ó gris, harán el mas lindo efecto.

Pueden servir tambien para almohadones, tapetes de mesa y portiers.

El segundo dibujo está destinado á ejecutarlo sobre canevas (cañamazo) muy grueso, para hacer un *lambrequin*, cuyo nombre se dá á una tira que se emplea en guarnecer canastillos de labor, cestos para papeles, macetas, y hasta galerías para cortinages; moda elegantísima y, hasta ahora, poco generalizada en España: repitiendo el lindísimo pico, que presenta nuestro segundo modelo, en la estension que se necesite, se obtiene un *lambrequin* ó guarnicion del mejor gusto.

Se puede utilizar tambien de otras dos diferentes maneras: es decir, empleando la parte inferior para dibujo de una bolsa, y los medallones de la superior para tapete de lámpara, banqueta de piano ó pantuflas de señora.

Pamela.

Por todo lo no firmado.

MARÍA DEL PILAR SINUÉS DE MARCO.

Editor propietario, JOSÉ MARCO.

MADRID: 1865.—Imp. Española, Torija, 14.

LA FRANCE ÉLÉGANTE
Journal des Dames et des Salons :



Ayuntamiento de Madrid

Atel. Formstecher, 6^{me} PARIS.